

Guerra Civil en España

Mariano José Sedano Sierra cmf

Soy el P. Juan Postíus, misionero claretiano. Me han pedido que les haga de acompañante para entender la razón de ser de este museo. Yo viví en primera persona y sufrí, los sucesos de la guerra civil que se desató en España en julio de 1936. Quisiera ayudarles a entender en pocas palabras lo que tuvo lugar aquí en Barbastro en los meses del verano de 1936. No es tarea fácil después de casi 90 años. ¿Cómo se pudo llegar a un furor y un odio inauditos en nuestra historia contra sacerdotes, religiosos y todo lo que representase la religión? ¿Cómo explicar ese torbellino iconoclasta y vandálico, que derribó altares, retablos y templos, quemó imágenes, escenificó burdas pantomimas con ornamentos sagrados y eliminó toda huella de culto católico en la zona republicana? No se trató de casos aislados, y sus autores no eran descreídos, ni ateos, sino católicos en mayor o menor grado. ¿Qué ocurrió, entonces, para que más de 7.000 personas entre Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos católicos en la zona republicana fuesen asesinados por el mero hecho de serlo? Lo que sucedió aquellos días de Agosto de 1936 en Barbastro y otros lugares no se puede comprender en toda su profundidad y amplitud histórica sin referirnos a un largo proceso de malentendidos, enfrentamientos y odio entre españoles en los que la concepción religiosa fue un ingrediente fundamental.

Al caer el trono e implantarse la República saltó a primer plano el enfrentamiento entre dos maneras contrapuestas de entender España. Para los republicanos radicales y los grupos de izquierda el papel dominante de la Iglesia en la vida de España era la causa fundamental del retraso social político y económico. Para los católicos sólo se podía entender España desde la unidad católica de la nación. Ser español y ser católico era lo mismo. Tengo que decir que cuando en abril de 1931 cayó la Monarquía y se proclamó la República, la Iglesia española en su gran mayoría aceptó el nuevo sistema sin excesiva suspicacia. Los Obispos españoles acataron el nuevo régimen, sin demasiado entusiasmo, pero con sinceridad y expectación. La Santa Sede se apresuró a recomendarnos la sumisión a los poderes establecidos. Yo mismo escribí el 5 de Mayo de 1931 al Presidente de la República para expresarle, en nombre de la Congregación, nuestro respeto y acatamiento. Cuatro días más tarde me respondió mi buen amigo Niceto Alcalá Zamora manifestando *la especial complacencia que produce en el Gobierno la adhesión que le testimoniaba*. Esta actitud contrasta con el laicismo del Parlamento y el anticlericalismo de la calle. Menos de una semana después de mi carta, ardían conventos e iglesias durante tres días en Madrid, Valencia, Alicante, Sevilla... sin que el gobierno moviese un dedo para controlar los desmanes. *Ninguna iglesia o convento valían la vida de un republicano*, como declaró entonces Azaña.

La II República podría haber sido un momento propicio para haber intentado la modernización cultural, económica, social y política de España, sin necesidad de rupturas traumáticas. Una vez más, faltó diálogo y tolerancia por parte de todos. La República no supo aprovechar la buena disposición de la mayoría de los Obispos apoyados y alentados por Roma y se dedicó a emanar una legislación que intentaba arrancar de raíz la presencia eclesial en la sociedad, provocando con ello el resentimiento de católicos sinceramente republicanos, comenzando por el propio Presidente de la República y preparando el ambiente que conducirá fatalmente a la guerra civil. Estas aguas turbulentas venían de lejos. A lo largo del siglo XIX y XX fue creciendo entre los españoles un fuerte sentimiento anticlerical alimentado por dos corrientes distintas e independientes entre sí, pero convergentes en sus fines. De un lado, una ideología intelectual laicista que despreciaba a la Iglesia por considerarla enemiga de toda forma de progreso. La Iglesia en España no era motor de cambio, sino freno y estorbo. Por otro lado estaban los movimientos socialistas y anarquistas, que veían a la Iglesia como legitimadora del orden

establecido por su alianza con la oligarquía económica. Esta corriente era sobre todo muy emotiva y pasional, capaz de ensañarse violentamente contra todo lo que podía representar a la Iglesia: personas, lugares o símbolos religiosos. Ambas corrientes confluyeron después del triunfo del Frente Popular en 1936. Creo que muchos políticos ocultaron su propia ineptitud para resolver los grandes problemas del estado con el recurso fácil al anticlericalismo. Ante un pueblo necesitado de reformas sociales y económicas, presentaron a la Iglesia y al clero como el obstáculo principal que había que eliminar. Hubo una verdadera avalancha editorial que hizo de la religión y sus ministros el blanco de su furor con títulos como *¿Qué haría Usted con la gente de sotana? Origen nefando de los conventos* y otros directamente antirreligiosos como *Dios, padre pedrusco* o *Jesucristo, mala persona*. Se llegó a crear incluso una editorial dedicada expresamente a publicar obras anticlericales y antirreligiosas: La *Biblioteca de los sin Dios*.

Como pueden ver, la guerra civil entre esas dos formas de entender España había comenzado mucho antes de mediados de Julio del 1936. Los extremos ideológicos de ambos bandos en contienda usaban el mismo lenguaje. Si el periódico *Solidaridad Obrera* lanzaba al aire la consigna: *La Iglesia ha de ser arrancada de cuajo de nuestro suelo. Los obispos y cardenales han de ser fusilados*, el boletín falangista *No importa* concluía lacónicamente: *Ya no hay soluciones pacíficas*. A distancia de casi 90 años es difícil decir si se pudo o no haber evitado aquella catástrofe sangrienta que fue la guerra entre hermanos de nación. Después del 18 de Julio del 36, ni el Estado había logrado dominar el golpe militar, ni los militares sublevados se habían podido hacer con el gobierno rápidamente. El apoyo de las organizaciones sindicales al gobierno de la república favoreció que el golpe no triunfase por doquier. Las consecuencias de este apoyo popular se dejarán sentir. El gobierno republicano decide entregar armas al pueblo. Con ello se favorecía la represión descontrolada, indiscriminada y sangrienta que se pone en marcha a partir del 19 de Julio, sin control alguno por parte del Gobierno central. Esto aclara muchas cosas, aparentemente inexplicables.

El tributo pagado por la Iglesia fue inmenso: Sólo en la diócesis de Barbastro fue asesinado casi al 90% de su clero. En otras seis diócesis el número de víctimas supera o ronda la mitad del clero local. El fuego devoró miles de iglesias. Se destruyeron obras de arte, bibliotecas, y ajuar religioso de inmenso valor. Desde el domingo 19 de Julio desaparece prácticamente el culto público en la zona controlada por la República. No quiero dejar de recordar que la Iglesia también tiene su responsabilidad en el conflicto. Su conciencia con respecto a la justicia social era escasa. Ya antes de 1936 se habían levantado voces que señalaban el alejamiento de la Iglesia de las clases obreras en las ciudades. Nuestros jóvenes religiosos, como la inmensa mayoría de los religiosos asesinados eran tan pobres, o más, que aquellos que les disparaban. El hecho, muchas veces repetido, de que bastaría que dejasen la sotana para salvar la vida, no habla de resentimiento contra las personas, sino contra lo que representaban.

Algunos han argumentado que el odio popular contra la Iglesia se debía a su complicidad con el golpe militar. También hay quien explica las matanzas de sacerdotes y religiosos como represalia a las brutalidades cometidas por las tropas franquistas. No existe evidencia alguna de que la jerarquía eclesiástica participase en el alzamiento militar. En un principio los sublevados no invocan motivos religiosos, sino estrictamente políticos y sociales. Una buena parte de los militares sublevados no se caracterizaba precisamente por su piedad, ni por sus simpatías eclesiásticas, mientras en el bando republicano no faltaban militares sinceramente católicos. Es evidente que en la zona sublevada también se cometieron tropelías similares. Grupos falangistas ejercían la represalia con métodos parecidos a los milicianos anarquistas. El ejército franquista tampoco se detuvo ante la sotana a la hora de fusilar, aunque fuesen casos aislados. El más notable y polémico, el de los 14 sacerdotes nacionalistas vascos (uno de ellos un claretiano, el P. Otano). Sin embargo, las matanzas de sacerdotes y religiosos en Barbastro y otros lugares se

producen en las primeras semanas de guerra, cuando la falta de comunicaciones impedía saber lo que pasaba en la comarca misma. No se puede invocar, pues, la explicación de la represalia en la inmensa mayoría de los casos. En los republicanos extremistas y los sindicatos de corte socialista o anarquista las decisiones antirreligiosas ya estaban tomadas mucho antes de Julio de 1936.

Como ya se habrán dado cuenta, esta, como todas, no es una historia de buenos y malos. Jacques Maritain calificó acertadamente nuestra guerra civil de *pecado colectivo*. Cuanto más nos distanciamos de 1936, más evidente resulta este diagnóstico del filósofo francés que vivió intensamente la contienda. Una de las víctimas de aquella represión violenta se preguntaba *¿Rechazan a los ministros por causa de Jesús, o rechazan a Jesús por causa de sus ministros? La primera hipótesis es muy halagadora, pero la segunda es también posible*. En la complejidad que descubrimos al analizar los hechos históricos de la guerra civil española y la persecución contra la Iglesia y sus miembros en muchas de las zonas bajo el control de los republicanos, emerge, sin embargo, un testimonio claro, auténticamente cristiano y, por ello, de permanente actualidad e interpelación. Son las palabras del joven mártir de Barbastro, Faustino Pérez en nombre de sus hermanos pocas horas antes de ser fusilados: *que la sangre que salga de nuestras heridas no sea sangre vengadora*.

Mariano José Sedano cmf